

Félix Julio Alfonso  
López

*Los leopardos de Santa  
Clara: en su monte seco  
y pardo...*

*Tiene el leopardo un abrigo / en su monte seco y pardo*

JOSÉ MARTÍ

**E**l 30 de mayo de 2013, escasos días antes de que el equipo Villa Clara de béisbol levantara la Copa que le había sido esquiva durante 18 largos años, jonrón de San Ariel Pestano mediante, mi buen amigo — y conjetural padre del pelotero Ramón Lunar —, el escritor Lorenzo Lunar publicó en el sitio web *Cubadebate* un texto donde clamaba por levantar la moral del equipo, y para ello convocaba a abandonar el ridículo mote de «naranjas» y rebautizar al conjunto villaclareño con el calificativo de sus gloriosos ancestros: los míticos Leopardos de Santa Clara. En su encendido opúsculo, Lorenzo presagió algo en lo que pocos creían, después de tantas finales donde el equipo naufragaba acariciando la Corona, y su prédica tuvo el aroma de una profecía autocumplida: «¡Leopardos! ¡Y que rujan, coño! ¡Que muerdan! ¡Que ataquen! Y que ganen una final. Si este año ocurre, seguramente habrá tenido que ver algo el haberles llamado por un verdadero nombre de guerra». <sup>1</sup> El trofeo de campeones fue conquistado en una endemoniada pelea del leo-

<sup>1</sup>Lorenzo Lunar: «¿Leopardos o Azucareros?», disponible en: <http://www.cubadebate.cu/opinion/2013/05/30/leopardos-o-azucareros/#.VP7mmFL4bIU>

pardo invocado contra el reptil de los pantanos vecinos, dirigidos irónicamente por un expelotero sagüero de apellido ilustre en los terrenos del centro del país: Mesa, que prolongaba en su tierra una agónica sed de títulos.

Dos años después, aquietados los fragores del triunfo, el conjunto de Villa Clara sigue en una condición imprecisa en lo referido a cuál debe ser su verdadero sobrenombre. Nadie sabe a ciencia cierta quiénes somos en la *selva oscura* de la pelota cubana, donde campean a su antojo tigres y leones al lado de perros y caballos, cocodrilos y avispas, gallos y elefantes, indios y piratas... Todos los equipos del béisbol cubano actual han encontrado en fecha relativamente reciente una mascota, fetiche, animal o tótem de su preferencia, unos reclamando el patrimonio de antepasados ilustres, como sucede con el león azul de Industriales, un híbrido producto de la combinación del color celeste almendarista con el león del club Habana. Más original –y aterrador al mismo tiempo– hubiera sido recrear una versión criolla de la Quimera, fundiendo el león con el alacrán, pero eso sería pedir demasiado. Otros como Cienfuegos, recuperaron sin demasiados problemas de conciencia el símbolo paquidérmico de sus ascendientes profesionales, y algunos se apoderaron sin miramientos de emblemas preexistentes como Ciego de Ávila, ahora usufructuario del Tigre que una vez fue de Marianao. Nadie en la tierra de la piña ha vuelto a recordar a la Reina de las Frutas que cantaron en versos neoclásicos Zequeira y Rubalcaba. En la práctica, la mayoría ha inventado sus propios distintivos adoptando características naturales o especificidades históricas regionales, como sucede con los Vegueros de Pinar del Río, los Cocodrilos de Matanzas, los Gallos espirituanos, los Alazanes de Granma y los Indios del Guaso. La Isla, huérfana de emblemas, acudió a la novela de Robert Louis Stevenson y a Espronceda y se autoproclamaron Piratas. Sobre el equipo de Villa Clara, algunos dicen que somos los azucareros, en una provincia donde quedan escasos ingenios; otros los anaranjados, por el color del uniforme, o las inexistentes naranjas; y para unos pocos, entre los que me cuento, somos y debemos ser por derecho propio, los herederos de aquellos felinos gatopardescos que irrumpieron, con las garras afiladas y el pelaje torvo, en el lejano campeonato del año 1922. Pero por

algún motivo que desconozco, a ciertos cronistas y funcionarios no les gusta este apelativo o lo consideran algo vergonzante. En las páginas que siguen intentaré demostrar por qué ningún sobrenombre puede ser más glorioso para el actual equipo Villa Clara que el de los Leopardos.

La aparición del equipo Leopardos de Santa Clara, cuarto en disputa entre los archirrivaes leones habanistas y alacranes del Almendares —y cuando el también debutante Marianao todavía no era un tigre de Bengala sino un monje gris—, es una de las grandes leyendas de la pelota isleña. Ambos conjuntos vinieron a sazonar la añeja rivalidad que enfrentaba desde 1878 a Habana y Almendares, y en el caso del Santa Clara se trataba de un experimento mercantil para expandir la Liga Cubana más allá de los predios capitalinos. Fue Abel Linares, hábil empresario y dueño de los dos equipos de mayor tradición, el que encargó a Agustín *Tinti* Molina que contactara con las Ligas Independientes de Color de Estados Unidos para formar el nuevo conjunto, quien logró traer a los mejores talentos de aquel circuito. Los juegos en Santa Clara fueron pactados los fines de semana en tandas separadas, con la intención de llenar el estadio, cobrar dobles las entradas y atraer público de toda la región central de Cuba.

La sede de los Leopardos fue un antiguo terreno llamado Boulanger Park, inaugurado en 1888 con un partido entre los clubes Villa Clara y Bético, y según las informaciones de la época tenía un aforo de unas 3 000 personas. El estadio se localizaba entre las calles Pedro Estévez (Unión), Manuel Dionisio González (San Miguel) y Eduardo Machado (San Cristóbal), en los límites urbanizados de la ciudad en aquel momento. Era un terreno espacioso, que se fraccionaba en tres secciones de juego, una para los mayores y las otras dos para jóvenes principiantes. En los años treinta sufrió una remodelación de su glorieta, que se convirtió en una media luna, fueron remozadas las gradas de sol y el terreno fue rebautizado como estadio Trinidad y Hermano, por la contribución financiera que la firma cigarrera asentada en Ranchuelo hizo a su modernización. Sin embargo, dicho nombre no tuvo éxito en el imaginario popular, que lo siguió llamando por su antigua denominación de origen francés. Su vida útil fue efímera, pues en la década de los cuarenta los terrenos fueron comprados

por el Estado para construir la Escuela de Comercio y el diamante de béisbol desapareció.<sup>2</sup>

La provincia de Santa Clara era un terreno fértil para el juego de pelota desde el siglo XIX, y en 1889 el historiador y jugador Wenceslao Gálvez y Delmonte, quien ejerció como magistrado en la Audiencia de Santa Clara, escribe en la primera historia del béisbol cubano que existían en esa fecha dos clubes en Sagua, que jugaban contra equipos en Santa Clara «donde el entusiasmo por el béisbol raya en frenesí».<sup>3</sup> Los principales equipos pilongos del siglo XIX se denominaban Villaclara, Bélico y Bacardí,<sup>4</sup> integrados por blancos, mientras que Marina y Cubanicay fueron conformados por peloteros negros y mestizos. También se conoce de otros llamados Niágara y América. Existían clubes en Remedios con nombres sospechosos de separatismo como el Anacaona y se sabe de la existencia de conjuntos en Caibarién. Del mismo modo figuraban publicaciones deportivas como *El Cárter* en Remedios y *El Sport* y el *Villaclara* en Santa Clara. Las afluencias de público solían ser numerosas, y en un desafío celebrado en Santa Clara entre el equipo local y otro de Cárdenas en la década de los ochenta, acudieron cuatro trenes expresos procedentes de Cienfuegos y Sagua que transportaron cerca de 4 000 viajeros para disfrutar del juego de pelota.<sup>5</sup>

En la plaza mayor existió en 1893 una peña deportiva dirigida por *Periquito* García, donde se debatían los avatares beisboleros de la villa en torno a un banco denominado «El banco de Periquito». Al celebrarse en Santa Clara los festejos por el inicio del alumbrado eléctrico en febrero de 1895, a los que asistió la excelsa Marta Abreu, y en cuyo honor se levantó en la plaza

<sup>2</sup> Toda la información sobre Boulanger Park la he tomado de Luis García González, *Apuntes para la historia del béisbol en Santa Clara*, folleto de muy rústica impresión y sin datos editoriales, pp. 10-11. He consultado el ejemplar que se conserva en la biblioteca Manuel García Garófalo del Obispado de Santa Clara.

<sup>3</sup> Wenceslao Gálvez y Delmonte, *El Base Ball en Cuba. Historia del Base Ball en la Isla de Cuba, sin retratos de los principales jugadores y personas más caracterizadas en el juego citado, ni de ninguna otra*, Imprenta Mercantil de los Herederos de Santiago S. Spencer, La Habana, 1889, p. 94.

<sup>4</sup> «Se informa que se ha formado un nuevo Club en Santa Clara, el Bacardí, por lo que ya hay tres clubes en esa ciudad: Azul, Rojo y Carmelita (Bacardí)», *El Sport*, 9 de febrero de 1888, p. 4. Luis García González, ob. cit., pp. 7-9.

<sup>5</sup> Wenceslao Gálvez y Delmonte: Ob. cit., p. 96.

una réplica de la Torre Eiffel, también se celebraron numerosos desafíos de pelota.<sup>6</sup>

A inicios del siglo xx existió un club Yara, en el que militaron el pitcher Inocente Pérez, primer villaclareño que jugó pelota en los Estados Unidos y Julián Pérez Fallanca, considerado el pelotero más popular de Las Villas en 1914. En la década de los veinte, se jugaban torneos semi profesionales en la zona, y también en los centrales azucareros y en poblados como Camajuaní, Caibarién, Vueltas, Remedios y La Esperanza. Uno de los equipos más populares fue el llamado Tosca, dirigido por el comerciante Mario García, bautizado así en homenaje a la ópera de Giacomo Puccini, que se presentó en numerosos poblados y donde jugaron Francisco Hernández Carrazana, *Cubitas*, José Vilá, *Guineo*, Pedro Valdés, *Miñanga*, Roberto Campos, *Manzanillo*, Leopoldo Junco, *Polito*, Francisco Hernández, *Jicoteo* y Rafael Prado, *La Conga*.<sup>7</sup> También de allí salieron los tres hermanos Oms: Alejandro, Tito y Eleuterio, de los cuales el primero sería una gran superestrella en los campeonatos cubanos profesionales y de Ligas Negras, Tito era un buen receptor y Eleuterio jugaba la tercera base. Según Roberto González Echevarría: «la ciudad de Santa Clara presumía de contar con el mejor fabricante de bates de toda Cuba, un tornero llamado Noel Pegudo, que tenía mucha demanda entre los jugadores».<sup>8</sup> Con semejante capital simbólico a su favor: «Linares y Molina decidieron explotar el mercado villaclareño en la temporada 1922-23».<sup>9</sup> A propósito de González Echevarría, gran estudioso de la obra carpenteriana, he compartido con él la conjetura de si el equipo Panteras de la Loma, que aparece en la primera novela de Carpentier, *Ecué-Yamba-Ó* — iniciada en La Habana en 1927 y concluida en París en 1933 —, no sería un homenaje del escritor al equipo que por aquellos años defendía los colores de Santa Clara, urbe situada al pie de una pequeña loma. En la novela este equipo «viene de la ciudad cercana» y tiene como ídolo al negro Antonio, un *short stop* de velocidad y poder, que muy

<sup>6</sup> Luis García González: Ob. cit., pp. 8-10.

<sup>7</sup> *Ibidem.*, pp. 15-17.

<sup>8</sup> Roberto González Echevarría: *La gloria de Cuba. Historia del béisbol en la Isla*, Editorial Colibrí, La Habana, 2004, p. 301.

<sup>9</sup> *Ídem.*

bien armonizaba las dos principales habilidades de Pablo *Champion* Mesa y Alejandro Oms.<sup>10</sup>

Desde su temporada inicial y durante un trienio, los Leopardos fueron capitaneados por un mito del béisbol cubano, *Tinti* Molina, aquel del que se contaba que, siendo casi un niño le había dado la mano a José Martí después de conectar un jonrón descomunal en el Cayo, y que luego vino a Cuba en una misión secreta del Delegado, para lo cual adoptó la identidad falsa de un pelotero del equipo Matanzas. Su primer zarpazo fue apenas una caricia agónica: ganaron 14 y perdieron 40. Pero esto es una verdad a medias, pues el equipo se retiró del campeonato y no hay consenso entre los historiadores acerca de las verdaderas razones de su intempestiva despedida del torneo. Según la versión poco confiable de Raúl Diez Muro fue «por su propia solicitud» el 15 de enero de 1923,<sup>11</sup> y los partidos restantes fueron declarados a favor de sus rivales. Otro historiador de las estadísticas del béisbol, Jorge Figueredo, sugiere que esta decisión se debió a una protesta de Santa Clara por una decisión adversa a los pilongos frente a los recién llegados marianenses.<sup>12</sup> Y González Echevarría afirma que el club en realidad no se retiró, sino que fue separado del campeonato porque las entradas en Boulanger Park no estaban siendo suficientemente lucrativas y la sede implicaba altos costos de transportación y alojamiento.<sup>13</sup>

Pero lo cierto es que en el calendario, el juego que aparece *forfeited* no fue contra Marianao, a la postre campeón, sino contra el Habana, celebrado en Santa Clara el 14 de enero. En realidad, si revisamos con ecuanimidad los marcadores, muchos partidos de aquel campeonato inaugural se perdieron por una carrera, como el doble desafío jugado en Santa Clara el 17 de diciembre, ganado por Marianao 4 a 3 en el noveno y 8 a 7. Como hechos a destacar de aquella primera versión de los Leopardos, el gran jugador negro estadounidense Oscar Charleston no pudo ser campeón de bateo pese a promediar un fabuloso

<sup>10</sup> Alejo Carpentier: *Ecué-Yamba-Ó*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2012, pp. 152-154.

<sup>11</sup> Raúl Diez Muro: *Historia del Base Ball profesional de Cuba*, 3ra edición, La Habana, 1949, p. 203.

<sup>12</sup> Jorge Figueredo: *Cuban Baseball. A Statistical History, 1878-1961*, Jefferson and London, McFarland & Company, Inc., Publishers, 2003, p. 143.

<sup>13</sup> Roberto González Echevarría: Ob. cit., p. 302.

446, seguido del pilongo Alejandro Oms, con 436, al no acumular las veces al bate reglamentarias. El jardinero de Caibarién Pablo *Champion* Mesa tuvo un buen promedio de 317 y entre los lanzadores el americano Dave Brown y el cubano Eustaquio *Bombín* Pedroso trabajaron para idéntico promedio de 4 ganados y 3 perdidos. Entre las curiosidades del torneo, Adolfo Luque pitcheó con el Habana, y fue el que más ganó, con 11 partidos, y también el que más perdió, con 9, además de implantar un récord de siete ponches consecutivos al Almendares el 17 de febrero de 1923. En ese año, con los Rojos del Cincinnati de las Grandes Ligas, Luque ganó 27 partidos y fue recibido en la capital cubana como un héroe. Y algo que muchos no recuerdan: en aquel certamen entró de sustituto en un partido por el Habana, un desgarbado joven matancero de apenas 17 años que se llamaba Martín Dihigo, bateó 179 y no conectó ningún extra base. Trece años más tarde este nombre sería consagrado como el Inmortal del béisbol cubano y se proclamaría campeón con los Leopards.

La temporada siguiente la historia cambió de modo dramático, y los humillados y ofendidos se tornaron príncipes gloriosos. Aquel 1923 el mundo del béisbol cubano se rindió a los pies del que muchos consideran el equipo más grande que jamás haya pisado un terreno de la Isla. La segunda versión de los Leopards era una legión soberbia de jugadores negros, cubanos y estadounidenses, donde brillaban como verdaderas estrellas Oscar Charleston, Oliver Marcelle, Esteban *Mayarí* Montalvo, Frank Warfield, Julio Rojo, Frank Duncan, Eddie Douglas, Alejandro Oms, Pablo *Champion* Mesa, Bill Holland, Rube Currie, Dave Brown, Dobie Moore, José de la Caridad Méndez, Pedro Dibut, Matías Ríos y el inefable Eustaquio *Bombín* Pedroso.

Los principales liderazgos ofensivos fueron a las manos de aquellos titanes del madero, con Oliver Marcelle al frente de los bateadores rozando los 400 (393 y 70 inatrapables), Oscar Charleston anotando 59 carreras, Dobie Moore conectando 71 hits, y empatado en triples con Warfield, ambos con 6. Por si fuera poco Charleston se robó 31 bases y el derecho Bill Holland encabezó los lanzadores con 10 y 2, seguido de Currie con 8 y 2 y el zurdo Dave Brown con 7 y 3. Dibut y Méndez ganaron 6 y perdieron 4 entre los dos, y Bombín esta vez no tuvo decisiones.

Siete jugadores regulares de aquel equipo de ensueño batearon sobre 300 y los otros dos, Frank Warfield y *Mayarí* Montalvo, lo hicieron para 296 y 282, respectivamente. El sagüero Julio Rojo, quien luego se haría famoso por sus bromas como coach, fue un digno segundo catcher alternando con Frank Duncan, y aunque no poseemos estadísticas, la tradición sostiene que poseía una rara habilidad para sorprender las señas del rival, lo que le permitió atrapar en robos de bases a muchos corredores.

El considerado como mejor trío de jardineros de la historia del béisbol cubano lo integraron Pablo *Champion* Mesa, Oscar Charleston y Alejandro Oms, como se les ve en la célebre fotografía donde aparecen posando, con los bates apoyados en el terreno de Boulanger Park.<sup>14</sup> No en balde John McGraw, manager de los Gigantes de Nueva York, declaró: «[...] El Caballero Oms, Oscar Charleston y Pablo Mesa son los mejores jardineros que he visto en mi vida [...]». Como dato de interés, Mesa era considerado en ese momento el hombre más rápido en Cuba de home a primera.

Al igual que la temporada anterior, se programaron varios dobles juegos en Santa Clara, y el equipo local deleitó a sus parciales con enérgicas victorias, como los tres juegos ganados al Marianao los días 8 y 9 de diciembre de 1923 o las soberbias palizas propinadas al Habana el 16 de diciembre de aquel mismo año. El 25 de diciembre le conectaron 20 hits al Marianao y en el doble juego del 30 de diciembre los leopardos batearon 32 hits. Al finalizar el torneo los de Santa Clara archivaban 36 victorias y solo 11 derrotas, alejados a once juegos del segundo lugar que ocupó el Habana. Se eslabonaron cadenas de victorias de 11, 15 y 6 juegos seguidos, diez veces anotaron más de diez carreras y en tres ocasiones anotaron 15.

Desde los días pioneros del dominante club Habana de Esteban Bellán y Emilio Sabourín, nunca se había visto una superioridad tan avasalladora de un equipo sobre los demás en los torneos invernales cubanos, ni una demostración de fuerza al bate y potencia en el pitcheo tan descomunales como en aquel equipo que Abel Linares y Emilio de Armas organizaron y le entregaron para dirigirlo a *Tinti* Molina. De hecho, la Liga perdió interés, con el campeón asegurado de antemano, y se decidió

<sup>14</sup> Esta es la imagen de cubierta del libro citado de Jorge S. Figueredo.



parar el torneo el 16 de enero, alegando que «querían ser compasivos y poner fin a aquella carnicería».<sup>15</sup> Un fantástico banquete dio fin a la temporada y el equipo campeón fue inmortalizado en una colección de postalitas publicada por la empresa cigarrera Díaz, radicada en La Habana. Para compensar a los aficionados del abrupto final, se convocó a un nuevo torneo llamado «Gran Premio», en 1924, jugado solamente por Almendares, Habana y Santa Clara, prescindiendo del terreno Boulanger Park, obviamente por razones económicas, y una vez más los Leopardos salieron victoriosos, aunque con una ventaja mínima de un juego sobre los azules.

Después de aquel apoteósico campeonato, Molina estuvo al frente la siguiente temporada, pero otra vez el fantasma del retiro del certamen hizo acto de presencia y Santa Clara fue sustituido por un equipo de Matanzas, adonde el dueño Abel Linares mudó la franquicia aquel año. Según Diez Muro, se jugó un desafío el 6 de diciembre en Matanzas, que estaba programado para la capital villareña, por la poca asistencia de público en dicha localidad. Argumento que no deja de ser sorprendente, en una ciudad que había sido apenas un año atrás un hervidero de la afición y con un equipo que seguía teniendo muy buenos jugadores, como los reincidentes Bill Holland, esta vez más perdedor que ganador, Dave Brown y el propio Méndez, ya sin el brillo de anteriores campañas, además de los cubanos Julio Rojo, Alejandro Oms y *Mayarí* Montalvo (bateó 314 con cinco jonrones, cinco triples y ocho dobles), junto a los importados Frank Warfield en segunda, Oliver Marcelle en tercera, Charles Williams como torpedero y Floyd Gardner y Norman *Turkey* Stearnes en los jardines. Como consuelo para sus fanáticos, Oms volvió a batear a sus anchas y terminó de líder con 393 sumando su actuación con el binomio Santa Clara/Matanzas.

Luego de esta extraña combinación de sedes, el equipo de Santa Clara desapareció del escenario competitivo insular durante los siguientes cuatro años, de 1925 a 1929, y su regreso en las dos temporadas sucesivas fue un pálido reflejo de sus glorias pasadas. En ese hiato beisbolero otro equipo del centro del país hizo su aparición, el Cienfuegos, en 1926, pero entonces

<sup>15</sup> Roberto González Echevarría: Ob. cit., p. 309.

eran petroleros y no elefantes, mote con el que lograrían gran fama y notables resultados en los años cincuenta. Durante la temporada de 1929-1930 Cienfuegos y Santa Clara fueron los rivales de Almendares y Habana, donde se ponía de relieve no solo la tradicional porfía capitalina, sino también la existente entre la capital provincial y el orgulloso puerto sureño. Aquel año Santa Clara tuvo en sus filas al gran lanzador Basilio *Brujo* Rosell, debutó el joven serpentinerero Ramón Bragaña, luego una rutilante estrella en Cuba y México, y también estuvo la revelación de las Ligas Negras, Leroy *Satchel* Paige, que ganó 6 y perdió 5, y no pudo terminar la temporada a causa del escándalo provocado por unos amoríos ilícitos con cierta dama de la burguesía mulata local, presumiblemente menor de edad.<sup>16</sup> Al bate se destacaron Oms y la primera base George *Mulo* Suttles que bateó 7 jonrones, 10 dobles y 3 triples. En la brevísima temporada de 1930 quedaron últimos, sin victorias y una sola derrota.

Alejandro Oms, por su parte, compartió su brillante carrera del Santa Clara con otros conjuntos, donde impuso de manera categórica su calidad al bate. En el Cuba de 1926-27 promedió 500 pero solo fue 18 veces al cajón de bateo. *Champion* Mesa y Oms formaron parte del Marianao de 1927 en la llamada Serie Triangular y allí promediaron 433 y 366, respectivamente. La de 1928-29 fue una de las mejores temporadas de Oms, con liderazgo de bateo (432), hits (76) y dobles (18), esta vez vistiendo la casaca del club Habana, a la postre campeón, dirigidos por Miguel Ángel González. Entre las marcas impuestas por El Caballero Oms aquel año estuvieron el mayor número de hits en un juego con 6, el 20 de diciembre de 1928; la racha de 30 juegos consecutivos bateando de hit, entre el 31 de octubre y el 24 de diciembre de 1928, en un campeonato donde Martín Dihígo, compañero de equipo de Oms, bateó 4 dobles en un desafío y el jardinero estadounidense del Cienfuegos James *Cool Papa* Bell disparó tres jonrones el 1 de enero de 1929 en el Aída Park.

En la temporada de 1929-1930 Oms fue líder en AVE con un sólido promedio de 380 y cinco cuadrangulares, y también lo fue en jonrones (3), hits (44) y anotadas (28) con el Habana en 1931-1932, que asombrosamente terminó en último lugar; al año siguiente prosiguió su fabuloso promedio de bateo con 368 y enca-

<sup>16</sup> Roberto González Echevarría: Ob. cit., p. 319.

bezó los dobles con 4. En otros circuitos del área, Oms jugó en la Liga Dominicana, con el Licey y las Estrellas Orientales, en 1929 y 1937 respectivamente. En Venezuela fue el mejor jardinero en 1943. Participó en las Ligas Negras norteamericanas, donde promedió 332 en 15 años e integró el equipo New York Cubans, propiedad de Alejandro Pompey, en la temporada de 1935.

El equipo pilongo tuvo un cuatrienio de ausencia, de 1931 a 1934, años de gran turbulencia política, y en 1935 retornaron en pos de levantar la corona que, más de una década atrás había sido suya de manera inobjetable. El gran Martín Dihígo, ya una leyenda viviente, llevó las riendas de los campeones de 1935-36 y de qué manera. Manager-jugador, Dihígo no solo ganó el torneo con 6 juegos de ventaja sobre Almendares, sino que además fue el líder de los bateadores con 358 y encabezó a los pitchers con récord de 11 y 2. También mandó en los hits con 63, en las anotadas con 42, en los triples con 8 y en las impulsadas con 38, empatado con su coequipero Bill Perkins. Además completó 13 desafíos y propinó cuatro lechadas. Era algo verdaderamente asombroso, fuera de lo común, fantástico... A Dihígo lo acompañaron en aquella memorable campaña los lanzadores Heliodoro Yoyo Díaz y Marino Rodríguez, con 15 victorias entre ambos. El receptor Bill Perkins bateó para 323, el torpedero Willie Wells lo hizo para 356 con cinco vuelacercas y Alejandro Oms, que contaba con 40 años, promedió 311, con 56 hits, 10 dobles y 30 impulsadas.

Al año siguiente, 1936-37, Dihígo repitió la hazaña dirigiendo al Marianao, en una final sensacional donde los tigres borrarón una desventaja de tres juegos frente a Santa Clara, colgados de los brazos de Don Martín y de Silvio García, y en la serie extra de desempate vencieron a los pilongos por dos juegos a uno. El Santa Clara de Julio Rojo alcanzó el subcampeonato con una virtuosísima faena del lanzador Raymond *Jabao* Brown que ganó 21 desafíos y solo perdió 4, además de promediar 311 con 8 extrabases. El 7 de noviembre de 1936 Brown lanzó un juego sin hits ni carreras frente al Habana en Santa Clara y bateó de 4-2. Ese juego apenas duró una hora y 40 minutos, y los tres habanistas que se embasaron fueron por base por bolas. También se destacaron a la ofensiva el segunda base Harry Williams con 339 y el trío de jardineros conformado por José Vargas, Santos Amaro y Tony Castaño.

Luego vinieron dos títulos consecutivos de la mano del estelar jugador y manager Lázaro Salazar, El Príncipe de Belén. En 1937-38 el dúo de lanzadores de Raymond Brown y Bob Griffith ganaron 24 juegos y solo perdieron 11, este último también completó 24 juegos y lanzó 5 lechadas. Bill Perkins siguió siendo un sólido receptor y Salazar ganó 3 y no perdió, y asimismo bateó 318 jugando la primera base. El torpedero Sam Bankhead fue la gran estrella ofensiva del torneo y encabezó a los bateadores en average con 366, anotadas (47), hits (89), los triples (5), empatado con Salazar, y en impulsadas (34). En los jardines Santos Amaro produjo para 326, Manuel *Cocaína* García no solo pitcheó sino que también bateó para 304 con 32 impulsadas y el incombustible Oms bateó 315 con 19 remolques y 2 jonrones. Ese año Santa Clara ganó 44 y perdió 18, para un astronómico 710 de AVE.

Como hecho relevante para la ciudad, el 3 de enero de 1938 se celebró el primer juego nocturno en el estadio Trinidad y Hermano, en un desafío entre Santa Clara y Almendares, que sorprendentemente tuvo que ser suspendido por oscuridad en el séptimo inning, con ventaja local de seis carreras a cuatro, pues un neblinazo que venía del arroyo cercano impedía la visibilidad más allá del cuadro, a pesar de estar encendidas las torres de iluminación.

En el torneo siguiente, 1938-39, se repitió el triunfo, aunque esta vez con menos holgura (34 y 20), pero nuevamente fueron los jugadores de Santa Clara los que demostraron mayor poderío ofensivo: Tony Castaño bateó más que nadie con 371, el inmenso toletero negro Joshua *Trucutú* Gibson (356) encabezó las anotadas con 50 y los jonrones con 11 — se habla de que dio un jonrón en Boulanger Park que midió más de 700 pies —, Santos Amaro (366) dio 78 hits e impulsó 49 y Lázaro Salazar además de ganar 6 partidos conectó 12 dobles. Los lanzadores de vanguardia del conjunto fueron Manuel *Cocaína* García y Raymond Brown con 11 triunfos per cápita y *Cocaína* lanzando tres blanqueadas.

Las dos últimas temporadas de los leopardos de Santa Clara fueron las de 1939-40 y 1940-41, dirigidos por José María Fernández y Pelayo Chacón y Julio Rojo. En la primera fueron terceros y en la última el equipo quedó segundo. Siguieron contando con algunas de sus antiguas luminarias, como Santos

Amaro, Sam Bankhead y Tony Castaño, quienes generalmente batearon sobre 300. El pitcheo se vio menos favorecido, sin embargo descollaron Hilton Smith, Armando Torres, René Monteagudo y *Cocaína* García. En el postrero de estos torneos el *Chino* Valdivia entró a la receptoría, *Silvio Cuba Libre* García ocupó la segunda base y bateó 314, Heberto Blanco fue el torpedero y en los jardines estuvieron nuevamente José Vargas, Santos Amaro y Tony Castaño, aunque un tanto alejados de sus mejores momentos en el béisbol.

En resumen, la historia de los Leopardos de Santa Clara se extendió por 11 temporadas, con algunos años de ausencias y lamentables altibajos, pero los resultados obtenidos en ese período pueden considerarse de muy relevantes, ya que ganaron el título en cuatro oportunidades, terminaron tres veces en la segunda plaza, dos en el tercer puesto y solo en dos ocasiones concluyeron en la cuarta y última posición. A ello debemos sumar que diez miembros de aquel conjunto han sido exaltados al Salón de la Fama por el Comité de Veteranos para la elección de jugadores de las Ligas Negras: los cubanos Martín Dihigo (1977) y José de la Caridad Méndez (2006) y los estadounidenses Leroy *Satchel* Paige (1971), Joshua Gibson (1972), Oscar Charleston (1976), Willie Wells (1997), Norman *Turkey* Stearnes (2000), Hilton Smith (2001), George Suttles (2006) y Raymond Brown (2006).<sup>17</sup>

Desaparecidos los Leopardos del firmamento beisbolero insular, la vida de Francisco Alejandro Oms Cosme, nacido en Santa Clara el 13 de marzo de 1895, hijo de Ricardo Oms Machado y Juana Prudencia Cosme, continuó algunos años más en el béisbol cubano, aunque ya no era si no la sombra del talentoso jugador que una vez fue. Durante la campaña 1945-1946, perteneció al equipo Cienfuegos gracias a un gesto caritativo de su director Adolfo Luque, que le dio un puesto en la nómina para que pudiera cobrar algún dinero. El coloso que había sido al bate, fue

<sup>17</sup> En la historia de las Grandes Ligas solo tienen más peloteros que Santa Clara en el Salón de la Fama los Gigantes de Nueva York/ San Francisco (25), Yankees de Nueva York (24), Cardenales de San Luis (17), Dodgers de Brooklyn/Los Ángeles (15), Bravos de Boston/Milwaukee/Atlanta (15), Cachorros de Chicago (14) y Piratas de Pittsburg (13). Los igualan los Rojos de Cincinnati (10), Tigres de Detroit (10) y Medias Rojas de Boston (10). Agradezco a Ismael Sené esta valiosa información.

dos veces al cajón, con 50 años; la primera vez Pedro *Natilla* Jiménez, sentimental, le dio base por bolas; la segunda su coterráneo Agapito Mayor no tuvo piedad y acabó ponchándolo. Ya su cuerpo estaba minado por la tuberculosis y su vida se extinguió en La Habana, el 9 de noviembre de 1946, en absoluta pobreza. En un ademán cívico que quiso reparar aquella injusticia, el Ayuntamiento de Santa Clara, a finales de la década de los cuarenta, decidió designar Alejandro Oms a una calle de su ciudad natal. Dos años antes de su muerte, en 1944, alcanzó a ver su nombre inscrito en la placa de mármol del Salón de la Fama del Béisbol Profesional Cubano, donde ingresó en compañía del lanzador y coronel del Ejército Libertador Carlos Maciá.

La posteridad le negó a Oms el privilegio de que su apelativo fuera también el del nuevo estadio que la Revolución construyó en Santa Clara en 1966, cuando apenas habían transcurrido veinte años de su fallecimiento. Ningún pelotero había acumulado mayores méritos deportivos y humanos que él, para que su figura de hombre negro y humilde fuera la que identificara el más significativo terreno de pelota en Santa Clara. Inexplicablemente, las autoridades provinciales de la época prefirieron el apelativo de un bravo guerrillero nicaragüense, Augusto César Sandino, totalmente extraño al béisbol cubano.<sup>18</sup> Su casa natal, donde debió existir un museo de la pelota villaclareña, devino Comité Provincial del Sindicato Nacional de Trabajadores Tabacaleros, y solo una peña que lleva su nombre y se reúne en el parque Leoncio Vidal es la depositaria de la memoria de Oms entre los aficionados de Santa Clara.

Sirvan estas palabras para intentar recuperar, entre la numerosa cofradía de la pelota de la Ciudad de Marta, el glorioso nombre de los Leopardos para su equipo de béisbol, tan necesitado de motivaciones y símbolos; y también para homenajear, a 120 años de su nacimiento, al gran jugador negro Alejandro Oms, una de las figuras más ilustres del béisbol cubano de todos los tiempos. Ojalá que algún día muchos terrenos de pelota de esta provincia tengan su nombre, y los niños

<sup>18</sup> He revisado el libro de Jorge Eduardo Arellano, *El béisbol en Nicaragua (Rescate histórico y cultural: 1889-1948)*, Academia de Geografía e Historia de Nicaragua, Managua, 2007, sin hallar ninguna referencia sobre Sandino y el béisbol. Todo lo contrario sucede con la figura del dictador Anastasio Somoza García, quien politizó el juego de pelota y fundó equipos que llevaban su nombre.

y jóvenes de las escuelas lleven ramos de flores a su casa el día de su natalicio, y a la entrada del parque de béisbol más importante de la ciudad se erija una escultura de bronce en su honor, y flamee en las tribunas del gran estadio Alejandro Oms —y en la cima del monte seco y pardo que los pilongos llaman Loma del Capiro—, una enorme bandera con un leopardo en el centro.



Pablo Champion Mesa, Oscar Charleston y Alejandro Oms en el Boulanger Park